

Las esquinas exactas

Por Sergio Galindo



EL CIELO que cubría a la ciudad de México en 1939 era muy distinto que el actual; el cielo de entonces era casi tan límpido como el de los Velascos que ella, años después, contempló en un museo. Esa contemplación le sirvió para constatar la enorme diferencia. Aquel cielo, el de un antes muy

próximo, tenía una liviandad y pureza que tal vez por sus quince años Nan nunca olvidó.

Fue el licenciado y notario don Ulises Duarte quien la recibió en la estación del ferrocarril en aquella primera visita al D.F., que ella hacía —recién huérfana—, en busca del señor Duarte (íntimo amigo de su padre), y el único que podía ayudarla a desembrollar sus complicados asuntos, para los cuales el tío Ted se declaraba ignorante e inútil. Y, precisamente por consejo del tío Ted y la tía Ruth, ella emprendió un larguísimo viaje (desde Toronto), que más que aterrarla por la distancia en sí, la hería por el hecho de que en ningún momento, ninguno de sus tíos, había considerado la posibilidad de acompañarla, ya que en un trayecto tan extenso podían ocurrir mil cosas... peligros... enfermedades. Pero la familia Park nunca había sido muy unida. Luego, durante el interminable recorrido, y a pesar de tres o cuatro noches

de lágrimas en el tren, Nan les agradeció aquella libertad, pues por otro lado le urgía saber si efectivamente su padre le había dejado algún dinero, y eso prefería saberlo a solas.

También por consejo de la tía Ruth, vestía un sombrero de fieltro negro y un abrigo gris bastante detestable —única precaución que concibió la tía para defenderla de los posibles acosos masculinos—; precaución bastante efectiva pues nadie —joven— se acercó a ella en todo el camino, sin duda alguna por su aspecto de desamparo y cursilería.

El notario Ulises Duarte (de unos cuarenta y cinco años bien llevados, bien vestido, y muy caballero) la recibió con un abrazo y contestó a sus primeras preguntas con zalamería y exigió que se olvidara de hoteles, etcétera, que ella quedaba bajo su tutela y que, además, su estancia sería muy grata para su hijo Daniel quien la esperaba ansioso desde varios días atrás:

—No sé qué pensará este hijo mío acerca de ti; pero me consta que desde que supo que venías, cuenta el tiempo y se tortura con tu espera...

Tal vez era cierta esa ansiedad; pero muestras palpables no las hubo. Daniel —un chico de nueve años— la recibió con demasiada cortesía; un esbozo de sonrisa le permitió ver sus dientes, pero inmediatamente recuperó una seriedad de adulto que lo distanciaba de ella... De todo, según pudo comprobar en los primeros días de convivencia con él. Un niño triste, pensó Nan. También advirtió que a Daniel le irritaba que ella y su padre se entendieran en inglés, y Nan se prometió que aprendería español. Aquel día Daniel iba vestido con un pantalón corto de terciopelo negro y una camisa de seda blanca, y daba la impresión de que se pretendía perpetuar su infancia, los destellos de sus ojos no correspondían a ese atuendo. Lo curioso de todo aquello (según pensó Nan años más tarde) fue que desde el momento inicial trató de conquistarlo, y que esa conquista le costó al principio muchas decepciones; y, aunque pronto pareció ganar la batalla, esporádicamente venían los fracasos y el reiterativo distanciamiento de Daniel.

La demora en esas relaciones, que ella necesitaba francas y fluidas, la angustió un poco. En aquella época Nan estaba ávida de comunicación y para ello no podía contar más que con Daniel. El padre, don Ulises, era amable y hasta efusivo —pero de un tipo de efusividad sospechosa que a ella le helaba la sangre. Un velado galanteo era el matiz más constante en sus relaciones con el notario Duarte; matiz que se agudizaba a la cena, ocasión en que Daniel —por razones de edad, aparentemente—, se retiraba antes que ellos. Frases como: “El placer de que estés conmigo...” “Lo feliz que me haces...” “Creo que, en mi carácter de tutor puedo autorizarte





a beber un poco de coñac..." "La dicha de que estés a mi lado bien merece una copa más...", "Si tú supieras qué triste es esta casa sin ti...". Frases inocentes en sí, albergaban, por el tono y la sonrisa, oscuros residuos delictuosos; delictuosos sobre todo por la imposibilidad de ser comprobados como tales. Don Ulises poseía el don de lo subrepticio, y quizá por estar en su propia casa siempre encontraba una puerta de escape que le permitía una retirada, si no digna cuando menos inobjetable, y quedaba —sonriente e impune— bajo la coraza del decoro que le daba su posición de tutor... "¡Eres tan niña!... ¡Tan susceptible!... Casi pareces menor que mi hijo... Es muy miedoso... como tú."

La cena se convirtió en una tortura, pero había compensaciones durante el día.

Al cortar una rosa, se hirió y brotó la sangre; Daniel la besó rápidamente y dijo:

—Tienes un sabor como a terciopelo...

—Tenla, porque es como tú. —Dijo Daniel y le dejó en el regazo una gatita tibia y linda.

—Mira, es tu retrato. —Dijo Daniel y le entregó una dalia.

—Quiéreme... —suplicó Daniel a los ocho días de que ella estaba en su casa.

Muchas cosas más que comprenderlas las intuyó, porque entonces no dominaba el español, pero lo aprendió pronto. Don Ulises dijo una noche:

—Nan te va a enseñar inglés —Daniel asintió con los ojos llenos de júbilo, su padre continuó—: Y tú la ayudarás a perfeccionar el español.

—Sí, papá. —Admitió él, y por primera vez en su vida no le molestó la velada orden que aquello implicaba.

Nan, sentada en la alfombra, lo jaló hacia sí y lo sentó en sus piernas. Daniel se encontró muy próximo a unos ojos verdes, llenos de visos, que lo miraban con un amor que nadie le había prodigado. Le agradó aquel abrazo y sentirse pequeño para poder recibir ese amor-calor tan nuevo y deseado. Don Ulises carraspeó, se acercó a ellos y ordenó:

—Ve a la cocina, di que quiero una taza de té.

Daniel, según se lo contó a ella años después corrió con una gran prisa para recuperar cuanto antes aquel estado de felicidad inaudita que había experimentado. Mientras, Nan quedó allí, frente al notario que avanzó hacia ella sin quitarle los ojos de encima, y Nan tampoco podía separar la vista de él hasta que sintió que corría un grave peligro y que algo allí en esa habitación debía salvarla de inmediato; buscó con la mirada y encontró un gato de marfil, hermoso, plácido, con una manita ligeramente levantada, y pensó —Si el gato se mueve estoy perdida, si no se mueve nada me pasará. No se

movió; y por años y años aquel fue el símbolo que la apartó de todo mal y la unió para siempre a Daniel cuyo regreso ya se oía en la escalera. Tal vez el notario dijo algo, tal vez se acercó más. No lo supo. El sonido y el movimiento se reintegraron cuando Daniel entró con la respiración fatigada por la carrera.

—Ya papá, el agua estaba hirviendo, lo traerán inmediatamente.

Daniel no se atrevió a echarse nuevamente en sus piernas, pero ella lo llamó y lo cobijó entre sus brazos con una extraña convicción de que así se protegía a sí misma.

Trajeron el té. El notario carraspeó otra vez.

—Voy a dormir... —quiso reír pero no pudo—. Buenas noches a ambos... Que no tengan pesadillas.

A cada paso que se alejaba de ellos les crecía una alegría y una seguridad inexpresables que posteriormente ella identificó con el gato de marfil y él con las caricias que electrizaban su lacio pelo.

Pasó el tiempo entre clases y clases; vino el otoño y Nan descubrió que en México es subrepticio. Uno debía llegar hasta el Paseo de la Reforma y echar a andar hacia Las Lomas para cerciorarse de que en efecto se vive en otoño ya que allí los árboles empezaban a dorarse y un viento frío arrancaba hojas ruidosas que emprendían, para deleite de ellos, efímeros viajes que terminaban estruendosamente sobre los parabrisas de los coches, sobre los troncos de los árboles o sobre sus propios cuerpos. A la altura del Lago de Chapultepec se detenían a observar a los inmutables y próximos cisnes que daban vueltas y vueltas en un absurdo intento de descubrir el fin del círculo. Irrumpía de pronto el sonido de un organillero y dominaba los demás ruidos —hasta la risa clara y continua de Daniel que expresaba así su primer conocimiento del amor, mientras se dejaba llevar por Nan que corría incansable e inalcanzable, de su mano.

A la hora de la comida se expresaban torpe y aceleradamente y el notario Ulises Duarte —después de corroborar con despectiva mirada esta comunión—, dictaminó que esa chica Nan no pasaba de ser una niña sin ninguna importancia —más bien una retrasada mental—, desde el momento que lo único que le interesaba era ese continuo jugar con el tonto de su hijo, o irse a la cocina a que la vieja criada —Cloti— les contase historias de aparecidos, con ese sonsonete entre veracruzano y cubano que él detestaba. Cloti fue la única en advertir aquel disgusto y la que lo disfrutó plenamente, como venganza a trasmano que venía a resarcirla de muchos pequeños desprecios y humillaciones que soportaba sólo por Daniel. Ese placer reavivó su empolvada memoria y sacó a



colación olvidadas historias de su niñez en el puerto, y en su juventud, en los cafetales de una hacienda cercana a Huatusco donde recién casada fue a trabajar con su marido —él de albañil, ella de criada.

Nan no entendía todas las palabras de la vieja Cloti, sobre todo cuando se volvía coloquial o procaz que por lo general era simultáneo, pero entonces hasta Daniel se quedaba en Babia y hacía muchas preguntas que habitualmente no alcanzaban respuesta. Cloti reía por su ignorancia y le ofrecía un poco de atole . . . El origen del Sol, del Maíz y del Toche se mezclaban con espeluznantes historias de aparecidos y asesinados, entre las que destacaba aquella de la niña tuberculosa, que murió en la inopia, y a su dolorida madre se le ocurrió hacerla pedacitos y venderla en tamales para poder comprarle su ataúd, y se lo compró: muy lindo, de pino y raso; dentro puso la ropita, un par de juguetes mutilados y el pelito de la niña que no se había podido usar en los tamales. Como noapestaba la rezaron tres noches con los merecidos llores.

Y Nan y Daniel al punto del llanto eran rescatados por Cloti que se carcajeaba y les narraba otra historia, o les cantaba.

Nancy Park no estaba plenamente segura de que aquel viaje sirviese para desembrollar los asuntos de su padre, pues nunca —ni años más tarde— alcanzó a saber con exactitud cuáles eran ni cómo se habían arreglado. El notario Duarte, por expreso deseo de su finado padre, resultó su tutor. Hubo correspondencia entre él y el tío Ted, pero este último nunca tuvo interés en los asuntos de la sobrina y hasta se alegró cuando supo que, por deseo de ella, permanecería un año más en México.

Lo primero que Nan advirtió fue que la raya que le dividía el pelo era perfecta de inicio a fin; como quien lo hace con seguridad, como quien puede garantizar lo impermanente. Nan tenía tres o cinco Martinis encima y mucho miedo. Pero muy próximo, casi al alcance de una caricia, estaba él con esa exactitud que le rompía el pelo con una gracia y habilidad increíble. Era inalcanzable porque no lo conocía; pero ella supo que si hablaba, que si estiraba la mano, que si se movía en ese instante estaría para siempre unida a él. Lo supo bien. Lo meditó por tres interminables segundos y le dijo algo . . . Ni siquiera recordaba qué, pero le habló y él contestó.

Así fue.

Después, ambos rieron por quién sabe qué. Pero ya había transcurrido un siglo. Ya sabía que su piel era dura, que las venas de las manos se le corrían de un lado a otro. Que era, o quería ser, pintor. Que lo de peinarse así era un premeditado y casi femenino coqueteo consigo mismo. Que también

él, al verla por primera vez, había pensado . . . Y Nan rió esa noche de sus veintiún años —esa noche los cumplía— como si no estuviesen en guerra, como si hubiese alguna garantía de supervivencia, y además convencida de que ese hombre cuyo calor sentía entre sus dedos iba a ser su esposo para siempre; y tenía cierta lástima de sí misma por no haberlo encontrado antes y un confuso sentimiento entre orgullo y vergüenza de decirle que lo había esperado a él: exactamente a él. Que ese encuentro no era ocasional ni intrascendente, que ella se iba a dar a él para siempre y . . . que era virgen.

La bomba cayó muy próxima. El horror a los vidrios rotos, ese retumbar que conduce a lo irracional, huir . . . huir a donde sea. Y fue irracional, después de la carrera, quedarse tirados sobre el césped, muy próximos a Marble Arch, y él dijo:

—No me gusta la guerra, pero creo en Inglaterra.

—Yo no sé en qué creo . . . Tal vez creo en ti porque estás junto a mí y te siento.

—¿Sí?

Muy cerca de ellos algo explotó y las llamas se elevaron.

—¡Sí! —dijo ella.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él. Y levantó hacia el suyo un rostro lleno de lágrimas y tierra.

—Nancy Park, enfermera de Canadá . . . ¿y tú?

—Allan . . . Allan Green.

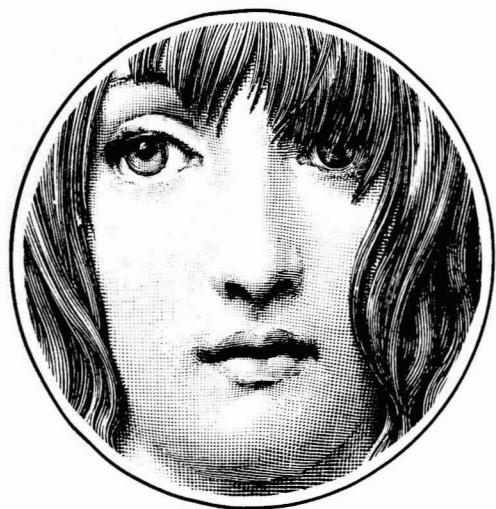
A partir de entonces, todo fue impreciso y fragmentado. Ella al día siguiente quiso recordarlo segundo a segundo y resultó imposible. No supo quién de los dos había iniciado las caricias. Lo veía a ciegas, lo adivinaba con un escondido temor de no recordar cómo era realmente: ¿cómo eran sus ojos? ¿de qué color? Si de pronto los separaran en medio de aquella oscuridad, ¿podría identificarlos? Sólo por aquella raya que le partía el pelo, y ni eso. Lo acarició desesperada hasta que compartieron la angustia, la certeza de no saberse, de no poseer, de morir, y esa angustia cedió porque ya no había límites: los anegó la felicidad, sabían que no importan las inexactitudes: que no importa nada en este mundo.

Anduvieron muchas cuadras de Oxford St y de pronto Allan detuvo un celestial taxi que los condujo a un pequeño hotel. Subieron dos pisos de escaleras raídas y quedaron dentro de un estrecho cuarto con papel tapiz de Pompadours y crisantemos. La cama matrimonial los esperaba con sus maculadas sábanas abiertas; casi tibias las sintieron al deslizarse desnudos bajo ellas.

Nan soltó a reír.

—¿De qué . . . ? —preguntó él.





—No sé de qué color tienes los ojos.

—¿Es importante?

—No sé *qué* es importante. Lo juro.

Una sirena empezó a gemir.

—Puede haber otro ataque —dijo Nan, acercándose a sus labios.

—Puede . . . —respondió Allan.

Toronto, mayo 25 de 1946.

Querido Daniel:

Te escribo porque soy una egoísta, porque estoy llena de felicidad y debo compartirla de inmediato con quien más amo: contigo. La gran noticia. ¡Allan llegó a casa la semana pasada! Ahora lo tengo aquí y no parece posible; lo veo, lo acaricio, le hablo como cotorra, escucho su voz, me dejo acariciar y de pronto casi voy a llorar porque pienso que no es cierto. La felicidad es tan absurda. Todo parece hermoso y sabes que no lo es, ¡ni modo!, hasta a la estúpida tía Ruth la veo encantadora.

Iré punto por punto: Allan vino enfermo. Tuvo una crisis nerviosa después de una herida en un combate, que fue casi mortal. Fractura de la base del cráneo. No te doy más detalles porque yo misma no lo sé; ni quiero saberlo. Desde que me enteré de que estaba en el hospital enloquecí y te juro que me he gastado los ingresos de un año en conferencias telefónicas. No decían nada claro y yo envejecía por falta de noticias hasta que, ¡zas!, cablegrama anunciando su llegada. Se me olvidó el sufrimiento y no quiero volver a recordar estos últimos meses tan ruines por mi soledad. Pensé tantas veces en irme a México contigo . . . No lo hice porque quedaba más lejos de él y porque me ibas a encontrar horrible, flaca, tonta . . . Pero no voy a hablar de mí sino de él. Allan llegó bien (hace ocho días), guapo como siempre, y además con dos maletas de cuadros. En el hospital, empezó a pintar otra vez. Ya verás un día sus cosas. Te regalaremos uno de los preferidos.

Por lo pronto, está con un permiso, pero juro por mi cadáver que no dejaré que vuelva a esa maldita guerra: ¿qué tenemos que ver nosotros, *nosotros dos*, con ella? Estoy anti-patriótica, y no me lo reprocho. Creo que ya basta. No entiendo ni quiero entender qué es lo que sucede en este mundo. Quiero a Allan y quiero vivir con él. Pienso que tan pronto como se restablezca, nos iremos a vivir a México. ¿Te gustaría verme?

Desde luego, no le he dicho a él nada de esto. Ya habrá tiempo. Las cosas maduran por sí solas. El permiso es por seis meses. ¡Casi una vida completa! Dany querido, soy muy feliz.

Yo quería ir punto por punto pero me desvíó; quería decirte que recibí todas tus cartas (tres y dos postales) y que si no te contesté fue porque no quería contagiarte mis tristezas a ti, caríñito, que estás tan solo. ¿Recibiste mi tarjeta de Navidad? También mandé para tu papá y para Cloti, ¿cómo está ella?

Te seguiré hablando de Allan. El cuarto de papá lo transformé en su estudio; es el que tiene mejor luz y a él le encantó. La ventana da hacia el jardín, ¡y está tan linda la primavera! Allan la disfruta mucho. Se cansa bastante pues tiene que estar en reposo por un mes. Por las tardes, a eso de las siete, llega tía Ruth a visitarnos. Creo que la presencia de Allan ha recrudecido su viudez porque no deja de hablar de tío Ted y de todo lo que se amaron. (Mentiras.) También en las tardes hablamos de ti, Allan te quiere tanto como yo; ayer le enseñé esa foto que nos sacaron en La Alameda. Ahora me dedicaré a enseñarle español. Mañana iniciamos las clases. De ocho a diez, diariamente. Te va a encantar, como a todo el mundo.

Pero ya no sigo. Mil disculpas por no haberte escrito, Dany pienso mucho en ti, ¿no podrías venir en el verano? Quiéreme que lo conozcas.

Dile a tu padre que el último cheque llegó con el aumento de los intereses que me dijo, lo agradezco infinito. Besos a Cloti.

Para ti el amor como siempre de tu más que nunca loca
Nan

México, D. F. Agosto 27-46

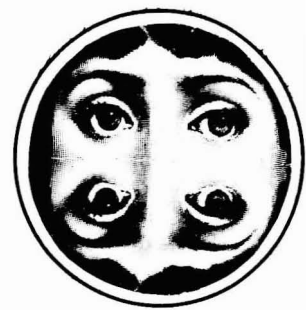
Mi lindísima Nan:

Papá no quiso darme ni el permiso ni el dinero. Otra vez conoceré a Allan. En venganza no presentaré exámenes. La postal es de San Miguel Allende; me la trajo un amigo. ¿Linda, no? Algún día estaremos allí juntos.

Un abrazo para Allan, para ti un beso (y dile que no ponga celoso. Te quise desde antes), otro beso.

Daniel

P.D. —¿Ya aprendió español?



Toronto, Septiembre 2-46

Encanto:

Lloramos tu ausencia. Escribí a tu padre y lo insulté. Tu cuarto te esperaba. Envía una foto porque Allan no te concibe, te imagina de nueve años. Tu postal era preciosa, Allan dice que viviremos allí. Pinta mucho y cada día lo amo más. Para ti besos de

Nan

P.D. —Aprende rápido. Soy muy buena profesora.

Toronto, Septiembre 28-46

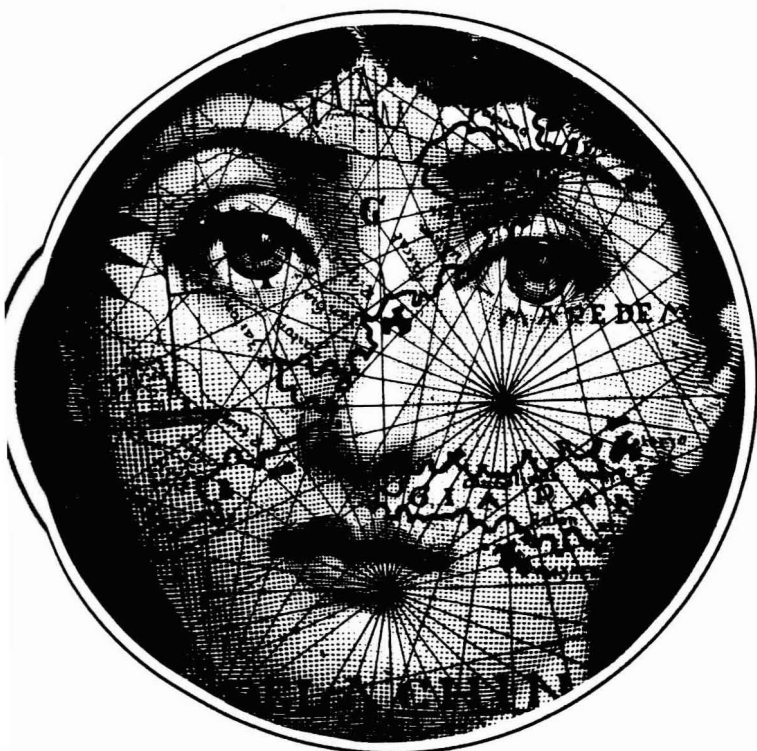
Querido Daniel:

¡Dios mío! Yo tampoco te conocía. ¡Linda foto! Salimos hoy para Montreal. Escribiré después. Besos. ¡Tonto, debes presentar exámenes! Más besos.

Nan

Amigo Daniel, un abrazo.

Allan



Toronto. Diciembre

Querido Daniel:

Sólo a ti puedo desearte feliz Navidad, porque a pesar de lo malo que me pasa pienso en ti con un gran cariño. A Allan no quiero felicitarlo. Que se quede con su guerra, con su pueblo inglés. Yo no. El pudo permanecer aquí ya que el doctor dijo que aún estaba delicado.

Daniel no seas nunca así, no destruyas a nadie por esas estupideces del deber y en pro de un bien que ni se le conoce ni se le conocerá la cara.

Tengo que escribirte estas cosas porque estoy furiosa contra él, y lo peor es que apruebo que lo haga, si él hubiese aceptado mi puerta falsa tal vez hubiera dejado de quererlo. Sí: lo felicitaré. ¡Qué bueno que se me ocurrió escribirte! Daniel, lindo, no es que yo crea en esta guerra, pero *debe* creerse en algo y Allan cree en ello, o siento que cree y eso basta, o simplemente no podría aguantar la vergüenza de ser desertor. Eso sería peor. Porque *sí* sabemos lo que es traición. Estoy confusa. Estoy angustiada. Si estuvieras aquí junto a mí, Daniel. Creo que nunca estaremos en ese hermoso lugar de la postal... O, tal vez, si algún día llego, si se realiza, será como si le pasara a otra persona, no a mí.

Estoy muy sola. Hace mucho frío.

Si la vida no se viviera de día a día tal vez tuviera más sentido. Porque hay mucho tiempo que se nos escapa y no significa nada. Hay años enteros que no recuerdas, que no sabes qué hiciste en ellos. Y los viviste. Eso indudablemente. Es un infinito desperdicio de uno mismo y como que se deberían vivir cien años, o más, para recordar todo lo que hiciste en ellos, ¿y quién va a vivirlos? No yo. Ni quiero. No puedo recordar qué hice hace tres semanas a esta hora, ¡y estaba con él! Empiezo a olvidarme de qué color tiene los ojos. Lo juro, Daniel, lo juro.

Ayer encontré sobre la mesa de la sala una quemada y, aunque parezca idiota, durante horas la contemplé, la acaricié, le puse nombres porque parecía que era esa la única huella palpable de su visita, de su existencia.

Va a pasar un millón de años (hasta que él regrese) para que yo recuerde otra vez cómo es. Tal vez tú, que no lo conoces, tengas mejor memoria, tal vez te dije en alguna de mis cartas algo que pueda retenerlo como en una foto.

¡Qué tonta, qué tonta! No te escribo más. Feliz Navidad, amigo mío, quíreme siempre, por favor, ¡quíreme!, júrame que me querrás eternamente. Sólo te tengo a ti. Y estamos tan lejos.

Siempre tuya y siempre burra.

Nan